

LXXXI.

LAS CONCIENCIAS TIMORATAS.

Las dudas y las consultas crecieron desmesuradamente cuando Julia, ultimadas las lecciones sobre otras partes de la doctrina cristiana, se puso á explicar el sacramento de la Penitencia. Había reservado este capítulo para lo último, á fin de que sirviese como de preparación próxima para la confesión. Para no extraviarse, se sujetaba estrictamente á las preguntas y respuestas del libro, exponiendo cada parte del Sacramento con las sencillas advertencias que cualquier católico adulto inculcaría á un niño; más que constreñir á las prácticas severas, conociendo que se las había con almas timoratas, inclinábase á dar facilidades. Sólo que con frecuencia

permite, ó dispone Dios que los que por la vez primera se encaminan por el sendero de la perfección, sientan en su alma cierto temor á los juicios del celeste Juez, pareciéndoles que jamás se han atendido bastante á las prescripciones de la ley divina. Las recién convertidas escuchaban con increíble atención las frases de Julia, pero, vacilantes y temerosas de poner el pie en falso, asaltábanla con mil preguntas: frecuentemente quedábanse maravilladas, viendo que donde se imaginaban rigores y dificultades, Julia les demostraba su error, reduciendo las cosas á términos de una facilidad extraordinaria.—Si así es, exclamaban entonces, todos lo pueden hacer.—¡Yo creía lo contrario!—Es la cosa más sencilla y fácil del mundo.

—No puede ser de otra manera, les contestaba Julia. Nuestro Señor instituyó este Sacramento como un refugio lleno de esperanza para los pecadores de todas condiciones: era, pues, natural que formara con él un instrumento sencillo, y casi diré manuable, aún para los más toscos. Es bastante un poco de buena voluntad, para que sirva para la salud. Es imposible casi usarlo mal, con el propósito de hacerlo tan bien como se pueda.—

Esto no impedía que, vuelto cada uno á su exámen, pulularan de nuevo las inquietudes y las perplejidades. Clara y Clemencia, recíprocamente aconsejadas sobre la mejor manera de confesarse bien, habian llegado á la conclusión de que debian aprender de memoria el exámen de la confesión, que estaba en el librito de oraciones que les diera su madre, recitándolo todo á la letra desde la primera palabra hasta la última.—Así aseguraban ellas puerilmente, quedaremos seguras de no olvidar pecado alguno.—Llegó Julia, y oyendo lo dicho, se sentó entre las dos ingenuas pecadoras, y admirando su inocencia, les dijo amorosamente:—¿No comprendéis que haciéndolo así, dirías una porción de mentiras? ¿Cuándo habeis blasfemado vosotras? ¿Cuándo habeis deseado la muerte de otros? ¿Cuándo habeis robado? Otros muy diferentes son vuestros pecados.—Entonces le fué recordando las faltas propias de su edad, con grandísimo consuelo de las pobres neófitas, que, con incomparable candor y suma confianza en su maestra, se reconocían muy culpables de las imperfecciones, por las cuales pedían perdón á Dios y á su profesora, prometiendo llegar á ser mejores. Julia, después de haberlas exhortado con to-

das las razones á propósito para no cubrir nada que les causase vergüenza ó remordimiento, dejólas alegrísimas por haber descubierto al fin sus pecados.

Mucho más larga y difícil resultaba la empresa de reducir á términos razonables á su madre. Mistress Needle tenía una alma muy buena, una índole suave y un corazón libre de ruines bajezas; su educación, llena de severas máximas de honradez, habíala inclinado al escrúpulo en los deberes religiosos. La piedad protestante no tiene bases fijas ni doctrinas ciertas: corre también, como la interpretación de las Escrituras á discreción y capricho de cada persona. Entre los no católicos, para unos la piedad es un vago sentimiento de respeto á las cosas de la Religión, para otros una rigidez casi supersticiosa en las prácticas rituales, y para otros, en fin, un profundo terror de los juicios del Señor, contra los cuales luchan, intentando tener confianza en la redención de Jesucristo. En mistress Needle la piedad, hasta el día de su conversión, había sido una mezcla de todo esto, dominando el terror. No se había nunca representado al Salvador divino como un Padre amoroso, sino como un

Juez inflexible. Por esto había llegado á su edad con una conciencia delicadísima, que le proporcionó el grandísimo bien de cultivar en todo tiempo las virtudes propias de su estado. Transportando ahora la inveterada costumbre de la timidez á las prácticas del Catolicismo, convertíase ya en semilla de graves turbaciones, si bien embriagábase de gozo y esperanza con el pensamiento de conseguir el perdón sacramental de sus culpas y de renacer á una vida nueva: cuando aplicaba su mente para el exámen de conciencia, eran tantas sus dudas y sus espinosos temores de no poder conseguir acusarse debidamente que la esperanza y el gozo se convertían en cruel desaliento.

Una noche, cansada de batallar consigo propia, fué tras de Julia, su gran refugio en todas sus dudas internas, llevando escrito en su rostro el afán que atormentaba su corazón:—¡Oh dulce amiga mía! exclamó; Dios sabe cuán sinceramente estoy resuelta de todo punto á entrar en la Iglesia católica, y con qué espíritu sumiso acepto y abrazo todas sus prácticas. . . ; pero, cóntame y dime una palabra de consuelo: al pensar que debo confesarme, me pierdo y me falta el valor.

Julia, con su faz riénte:—¿Qué decís? ¡Os habeis confesado tantas veces!

—¿Cómo confesado tantas veces?

—Pues sí, dijo Julia; recordad cuántas veces, antes y después de vuestra conversión, me habeis recitado toda vuestra vida.

—Está bien; mas entonces no tenía el escozor que da la idea de someter mis acciones á un tribunal; te decía lo que hallaba en mi mente, á fin de aliviar mi corazón. Ahora se trata de un asunto muy diverso. El Catecismo, como tú misma dices, manda examinar los pensamientos, las palabras, las obras y las omisiones: ¿es posible recordar siquiera un vez, todos los pensamientos de cuarenta años?

Julia:—No puedo ni quiero entrar en vuestra conciencia; mas me dice un angelito que áun para vos, como para los demás, es posible, y áun fácil, bastando presentar las cosas según son. Se distribuye, por decirlo así, la vida en varia partes: desde el uso de la razón hasta el matrimonio; luego hasta la viudez, y así sucesivamente. Basta; sobre todo esto pedid el domingo próximo parecer al sacerdote.

—A tí te pido el consejo: ¿qué puede sugerirme para que recuerde lo que no puedo recordar? ¿Sabes lo que acabo de hacer?

He cogido á miss Mary, conjurándole para que me contase todas mis diabluras de la infancia mía y de la juventud

—¡Pero que tonterias haceis! dijo Julia.

—¿Y por qué? preguntó la señora; cuando se quiere un fin, es preciso poner los medios. Lo peor es que no he podido sacarle una palabra, por pretender que siempre fuí un modelo, un ejemplar y un espejo. Cierto es que ella, desde pequeñita, me habló del santo temor de Dios, temblando en su virtud, á la idea de pecar Mas después ¡Quién sabe! Quizás

Julia:—con los *quién sabe* y los *quizás* no se adelanta un paso, mi buena señora: la acusación sacramental no se forma con los *quién sabe* y los *quizás*, sino con todo el mal hecho, si es grave, y se ha cometido con toda conciencia. Tómase para esto el exámen que hay en el libro, y se pasa en revista: las cosas de las cuales remuerde la conciencia se fijan en la mente con el fin de acusarlas; sobre las demás no es menester sofisticar. Puede suceder que sobre algún hecho quede la duda; en tal caso no hay estricta necesidad de convertirla en materia de acusación, y si se quiere satisfacer una delicadeza laudable, basta que se confiese como duda.

—Tú lo dices muy bien, replicó mistress Needle; esto me has explicado y vuelto á explicar en el Catecismo; ¡más si supieses cómo me confundo en aquél bendito examen! Paso las horas en él, y me levanto con la cabeza como un tambor, sin haber conseguido casi provecho alguno. Siempre estoy en el principio. Es necesario que tengas la santa paciencia de hacerme el exámen de conciencia, como lo has hecho á mis niñas.—

Así diciendo, mistress Needle sacó el libro, empeñándose en que Julia la interrogase, artículo por artículo, sobre sus pecados. La joven se resistía, insistiendo la dama. La señora no dejaba de promover dificultades sobre esta ó aquella cosa, ni de penetrar en los particulares de su vida, ni de decir á cada paso:—¿Es pecado esto? ¿Esto lo debo decir? A ser Julia poco discreta, la fervorosa neófito le hubiese recitado su confesión general con sus pelos y señales, con la intención única de asegurarse de lo que era pecado y de lo que no, de lo que debía decir y de lo que debía callar, y del modo de hacer la confesión de sus culpas. Viendo Julia que vanamente procuraría impedir con cualquier otro expediente la confianza excesiva, tomó una resolución terminante. Le quitó de la ma-

no el libro con amorosa violencia, le puso en el cajón, y cerrándolo con llave:—En una palabra, exclamó; decid lo que recordéis, y dejad lo que hayais olvidado. Jesús bendito, según la doctrina católica, no es un tirano, sino un Padre; la confesión es un bálsamo que cura las heridas, y no un veneno que las encona: alivio debe haber y no tortura. Querer recordar todos los actos y pensamientos, á fin de analizarlos y escudriñarlos, es una bobería. Basta que uno se haga culpable de lo que la conciencia le remuerde: si nada le remuerde, nada se debe confesar. No os volveré ya este libro, que os hace perder la chaveta, como no mande vuestro confesor que lo tomeis de nuevo.—

Mistress Needle por este acto de amistad autorizada, quedó aturdida y muda, como una niña delante de su madre, sin atreverse á resistir. Lo más asombroso para ella fué que al domingo siguiente, contando ella toda conpungida el acto de la joven al sacerdote que debía recibir su confesión general, soltó éste una carcajada, y dijo:—¡Muy bien, muy bien! Seguid teniéndola por maestra de novicias: la necesitais. Vamos, decid: ¿estais arrepentida de todas las ofensas inferidas al Señor en la vida pasada?

—¡Buen Dios! respondió la mujer: ¿quién no se arrepentiría de haber ofendido á Dios? Así me asista el Salvador de mi alma, que me condujo al buen camino, como me duelo del mal que hice; si me ayuda como ansío, espero llevar al sepulcro intacta la gracia bautismal, ó la de la primera confesión.

—Siendo así replicó el viejo sacerdote, vámonos incontinenti al confesonario. (Lo había hecho poner, para mayor comodidad de los neófitos, en la capilla doméstica, que bendijo con sencillas oraciones, careciendo de Breve pontificio para convertirla en oratorio privado.)

En vano mistress Needle protestaba temblando que le parecía mejor diferirla para el domingo siguiente, por no estar aún preparada, y porque aún había de consultar con Julia este ó aquél detalle, no teniendo tampoco presentes muchas cosas que hubiera querido apuntar en el papel. Cortó el ministro experto todas las dificultades diciendo: —No os doy más tiempo que el necesario para que os echeis un velo; id después á la capilla y arrodillaos; dentro de algunos instantes iré á oíros.

Forzoso fué que la miedosa neófito bajase la cabeza. Pasando por delante del

cuarto de Julia, se asomó á él, diciendo:— ¡Oh Julia mía, ruega por mí . . . , el padre espiritual me manda que me confiese ahora mismo! ¡Quién sabe como irá esta confesión!—Animóla la joven, diciendo que obedeciese sin temor, y que Dios la socorrería. Ayudóla para que se arreglase, extendió el velo sobre su cabeza, acompañóla á la capilla y le dió el libro para que leyera el *Confiteor*, que la neófito, en aquella turbación, no sabía ni encontrar. La pobre penitente cayó de rodillas sobre su reclinatorio, mirando la rejilla con los ojos llenos de lágrimas y el corazón consternado.

Entre tanto la fama del gran acontecimiento se difundía por el castillo.—La señora se confiesa. La señora está confesando.—Los neófitos inferían que les había llegado la hora de disponerse para el Sacramento, y se reunían en la capilla. Eran al todo seis ó siete mujeres y dos criados los que asistían al catequismo. Con más gusto que las demás habían comparecido allí Clara y Clemencia. Supieron el gran suceso de su madre por Kelerina, y asaltaron á su maestra, rogándola que las condujese incontinenti para confesarse. No hubo medio de persuadirlas de que aguardasen á ser llamadas: querían á todo tran-

ce presentarse después de su mamá, pretendiendo que Julia las asistiera en el confesonario y les sugiriese al oído los pecados que debían confesar. La joven, no sabiendo hacer otra cosa mejor, tomó el partido de contentarlas, á lo menos en la parte razonable. Dispuso que se pusieran de rodillas con las manos juntas delante de su reclinatorio, ordenó el exámen de sus culpas, y les hizo prometer que se acusarían sinceramente de cualquiera otra falta que se acordasen, por secretísima que fuese cuidando no responder siempre que sí á las preguntas del confesor, sino sólo según verdad. Habiéndolas entretenido después un poco para que hiciesen acto de contrición y buenos propósitos, les puso un velo en la cabeza y las llevó á la capilla.

Allí no se oía respirar á nadie: cada uno, concentrado y absorbido en su propio asunto, aguardaba el instante de cumplir santamente aquel gran acto. Sólo de vez en cuando se oía el cuchicheo de las niñas, que consultaban á la maestra las leves dudas de su conciencia, si tal cosa era ó no pecado, y si debían confesar ú omitir tal otra. Entre tanto salía del confesonario mistress Needle con el velo profundamente echado sobre su cara, vió el inesperado

espectáculo de la capilla llena de neófitos, así como á sus hijas junto á ella. Indicó á Clara que la sustituyera en la rejilla, diciéndole al oído que no debía tener temor alguno, y que Jesucristo le perdonaría todos los pecados, si los confesaba sinceramente. Lo propio repitió á la pequeña cuando llegó su turno. Todo aquel tiempo y mientras Julia hizo que las niñas dieran gracias, estuvo en un ángulo, á vista de todos, siempre orando con gran recogimiento, pasándose con frecuencia el pañuelo por la frente y por los ojos.

Llevábala por fin á Julia un potente y delicioso ímpetu de su corazón para rendirle cuenta de su confesión. Entró en su cuarto y encontróla con sus discípulas, las cuales, sumamente gozosas, le contaban que lo habian dicho todo, y referian los consejos recibidos de su confesor. Sin decir más, dió un beso á sus hijas, y luego echó los brazos al cuello de su amiga, exclamando—¡Oh Julia, qué delicia...! ¡Me he confesado bien y en un instante!

—Me alegro, señora; pero no lo dudaba poco ni mucho, dijo la joven.

—Cuando fuí casi no veía: agolpada la sangre en la cabeza, me daba el corazón golpes mortales, y no hallaba las primeras

palabras; un embrollo que no podía imaginar. . . . Tranquilizóme con dos palabras, me interrogó y me puso en el camino. . . . Mis pensamientos se ordenaron, y héme confesado como una vieja Hermana de la Caridad. . . . Ahora, por mucho que mire mi vida, no veo nada más que decir; nada, nada. . . . La mano de Dios está en este Sacramento. ¡Me parecía tan difícil, cuando es tan fácil! ¡Qué bien queda una después!

—Sin embargo, dijo Julia; no habeis aún gustado lo mejor, esto es, la absolución, que sólo recibireis después del bautismo.

—No importa; lo he gustado bastante para comprender que los hombres no inventan estas cosas. ¡Es imposible! Una cosa humana no tranquiliza ni consuela el corazón de tal suerte. Aquí está la mano de Dios.

Durante estas palabras, salió Clemencia precipitadamente, volviendo á ponerse su velo, y retornando pocos minutos después. —¿A dónde has ido? le preguntó la madre.

—A la capilla

—¿A qué?

—He dicho á Kelerina que, al confesarse, le confiese que una vez la llamé *fea*. Me había olvidado.

—Entonces, dijo la madre sonriéndose por la inocente equivocación de su hija, á tí te toca decirlo.

—¿No es lo mismo que se lo diga por medio de Kelerina?

—Vamos, vamos, dijo Julia, no te apures se lo diras otra vez.—

Las niñas se fueron. La señora se quedó para derramar la desmesurada alegría de su corazón en el corazón de Julia, y darle gracias por haberle quitado el libro del exámen de conciencia.—¡Hiciste perfectamente! También has estado feliz en hacerme confesar ese *ex-abrupto*; á tardar una semana más, hubiera enloquecido sin utilidad. Ahora comprendo que en determinadas cosas vuelvo á niñar de veras, y necesito ser llevada como una niña de siete años. Basta: demos gracias á Dios porque todo ha salido bien. Ahora ya sé prácticamente lo que es la confesión católica: es una cosa que se hace por sí misma cuando se tiene un poco de buena voluntad. Quisiera pedir la ceremonia del bautismo. Voy á escribir á John que torne tan luego como le sea posible: estoy impaciente por recibir la santa Comunión. . . .

—Esta bien, dijo Julia; más no son cosas que se deben hacer volando; mejor es

ir poco á poco. De John no dudo: es un hombre serio, y no hace las cosas á medias. Menos aún dudo de vuestras hijas. ¡Pobres pequeñas! Se han confesado con el candor de un angel: Jesucristo irá con placer á tomar posesión de aquellas dcs almas inocentes.—

La buena madre se llenó de ternura por este testimonio que rendía Julia de la bondad de sus amadas hijas, y dijo con una dulce lagrimita que asomaba en sus párpados:—¡Tú eres la que has hecho todo esto!—

—El bien lo hace sólo Dios, respondió la joven. Dejémosle el tiempo de obrar con su gracia. Si estais en disposición vos y vuestros hijos, acaso alguno de los demás no se halla dispuesto aún.

—¿Qué dices? replicó la Needle; esto no puede ser. Se han confesado todos, ó están para confesarse, y cuando uno se ha confesado, está pronto para todo: no hay dificultades, ni temores, ni sombras. Puede ser que algunas cosas las ignoreé aún; las aprenderé sin dilación. En el ínterin, me acomodo con plena certidumbre á la seguridad de la Iglesia; lo creo y lo admito todo sin la menor vacilación.

—¿Sabeis lo que se puede hacer? Oír al

delegado de Monseñor, dejando que fije, no sólo el tiempo, sino lo demás.—

Gustó el consejo. El delegado aprobó que, venido John, si él quería, se anticipase la ceremonia. Los otros neófitos aceleraban con sus vivos deseos el gran día: hermosa les parecía el alba, pero esperaban un sol más resplandeciente á mediodía.